

La caja del mal

Martin Langfield

«Deudor del éxito de Dan Brown, el ambicioso debut de Langfield es un viaje dantesco, un *thriller* apocalíptico que nada tiene que envidiar a 'El código Da Vinci'»

—Publishers Weekly

«Con 'Los 36 hombre justos', el otro *thriller* del momento, 'La caja del mal' comparte las claves por interpretar, el ritmo endiablado y el marco... pero la novela de Langfield transmite la belleza y el magnetismo de Manhattan de una manera única»

—Washington Post

«Olvídate de París y de 'El código Da Vinci'. Coge este libro, toma un vuelo a Manhattan y sigue las pistas como el protagonista de 'La caja del mal'»

—The New York Times

«Este libro ha sido comparado con frecuencia con 'El código Da Vinci'. No son comparables: 'La caja del mal' es una lectura mucho más profunda e interesante. La humanidad de los personajes y la atmósfera de Nueva York y Cambridge están muy bien captadas y el estilo del autor es imaginativo y cautivador»

—New York Newsday

«Desde que leí 'La caja del mal' tengo unas ganas incontenibles de volver a Nueva York para prestar más atención a los detalles de su arquitectura. Langfield retrata la belleza de Manhattan a la perfección»

—Booklist

«Una de las mejores novelas que he leído en mucho tiempo. Un emocionante viaje iniciático por las calles de la gran manzana»

—Houston Chronicle

«Una novela construida con la misma emoción e inspiración que la mejor de las historias de aventuras que hayas leído jamás»

—Book Reporter



Publicado por La Factoría de Ideas. C/Pico Mulhacén, 24.
Pol. Industrial «El Alquitón». 28500 Arganda del Rey. Madrid.
Teléfono: 91 870 45 85 Fax: 91 871 72 22

www.lafactoriadeideas.es e-mail: informacion@lafactoriadeideas.es

Derechos exclusivos de la edición en español: © 2009, La Factoría de Ideas

Material promocional, prohibida su venta

© 2007, Martin Langfield

Con mucho gusto te remitiremos información periódica y detallada sobre nuestras publicaciones, planes editoriales, etc. Por favor, envía una carta a «La Factoría de Ideas» C/ Pico Mulhacén, 24. Polígono Industrial El Alquitón 28500, Arganda del Rey. Madrid; o un correo electrónico a **informacion@lafactoriadeideas.es**, que indique claramente:
INFORMACIÓN DE LA FACTORÍA DE IDEAS

A mi esposa, Amy, y mi hijo, Christopher
Para Andrea, Eddie y Tom
Y para mis padres, por regalarme palabras de amor

Prólogo

Nueva York, 2 de septiembre de 2004

Un ojo que todo lo sabe, hermoso, implacable e irresistible, observaba fijamente el alma de Robert. Luchaba para controlar la respiración y así transformar su miedo.

Me ofrezco en lugar de ellos. Llévame. Déjalos marchar...

El corazón le latía con fuerza. Estaba al borde del éxito o del fracaso. Millones de vidas pendían de un hilo.

... rezo por mi captor...

No oía ni veía nada, pero sabía que el Artefacto estaba cerca. Podía sentir su poder atravesándolo.

... como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden...

Intentó contener el pánico.

... y líbranos del mal...

Su energía pura era aterradora. La luz de miles de soles. Su mente bullía deduciendo, estimando, recordando: el centro de Manhattan, bajo tierra.

... hágase tu voluntad...

El aire era denso, crepitaba impregnado de energía hostil, con palabras no pronunciadas, como un aliento abrasador sobre su piel. Sus sentidos se asomaban sigilosamente al sentir la amenaza, el daño que estaba por llegar, pero también algo más: algún deseo de no hacerle daño, el saber que provocaba cautela, incluso miedo.

... llena de compasión mi corazón...

Sintió que la mirada inquisidora del ojo llegaba a los rincones más recónditos de su alma. El Artefacto, también llamado la caja del mal o el Ma'rifat', quería conocerlo. Era una bomba a punto de estallar,

una reacción en cadena casi incontenible que se alimentaba de los corazones de aquellos que lo rodeaban.

Hacía preguntas: *¿quién eres? ¿cuáles son tus deseos más secretos?*

Él había elegido estar allí, lo había querido, lo había buscado con sus acciones. Luchaba para controlar el miedo, para dejarlo a un lado.

... convierte el miedo en amor...

Ante sus ojos veía escenas y fragmentos de la ciudad. Arcos curvados, túneles y plazas y monumentos verticales, dedos y espinas apuntando al cielo desde la tierra, espirales y hexágonos, números y estrellas.

... la mente como un espejo...

La búsqueda había comenzado siete días antes, y con ella la destrucción de todo lo que él consideraba su vida.

Había descifrado un código tras otro, había seguido pistas extrañas y maravillosas por la ciudad, había encontrado líneas de luz y nostalgia, de lujuria y miedo. Una búsqueda del tesoro, un juego de geoescondite. Descodificar la ciudad. Entrar en el laberinto. Leer la historia secreta antes de que el enemigo lo hiciese.

El reloj siempre vuelve a cero. Aquí estaba él, enfrentándose a su final, y estaba de nuevo donde había empezado.

... corazón misericordioso...

Mientras yacía en el suelo, miraba la oscuridad, estirándose para poder ver algo del Artefacto. Giró la cabeza. Luego lo vio: un cilindro dorado y blanco con complicados grabados que emitía una luz tenue, con sus lados decorados con caracteres árabes y con incrustaciones de metales preciosos. En la semioscuridad desafiaba el enfoque, como si estableciese su propia geometría. Sus bordes superior e inferior parecían girar lentamente en sentidos opuestos. Era el Ma'rifat'. Estaba armado, a punto de estallar.

La voz de un hombre, ronca y violenta, lo sacudió como un rayo.
—Robert.

Cuando intentó hablar tenía la boca pegajosa, la garganta obstruida y nada salía de ella.

Era el momento de luchar. Estaba preparado. Proyectó su mente hacia el pasado.

... perdónalo...

Primera parte
La iniciación

Cambridge, Inglaterra, marzo de 1981

Los pasos de Robert retumbaban en la neblina mientras corría. La apariencia de todo lo que le rodeaba había desaparecido y nada era como él pensaba. Los lugares conocidos eran ahora crudos y extraños. Los grandes bloques de piedra caliza de la capilla del King's College y sus agujas perdidas en la niebla hablaban de poder y de amenaza. Los carteles de las tiendas de King's Parade estaban escritos en una lengua extranjera con símbolos nuevos y amenazantes. Sentía su cuerpo distante, como si no fuese suyo.

La aterradora imagen le vino de nuevo a la mente cual relámpago. Había una puerta, llamas lamiendo el aire bajo ella, una luz siniestra y antinatural.

Podía oír el bombeo de la sangre. Corrió por la calle Trinity en la oscuridad, con la máscara blanca de carnaval bailando entre sus omóplatos como un sombrero de vaquero, y su capa bañada de estrellas ondeando tras él.

El reloj marcó medianoche.

La puerta estaba al final de un pasillo oscuro. Sabía de quién era la habitación. Sabía lo que estaban haciendo allí. No entendía lo que había pasado, pero sabía que morirían si no llegaba a tiempo.

La noche había comenzado con una rosa roja.

A las ocho y media en punto, Robert Reckliss, un lingüista novato, llegaba a la habitación de la residencia universitaria de una joven a quien no conocía, siguiendo al pie de la letra las instrucciones que había recibido: llevar la cara completamente cubierta con una máscara, ir vestido como un brujo y llevar un sobre sellado y una rosa de tallo largo en la mano.

Llamó a la puerta.

Katherine Rota, estudiante de filosofía de tercer año en el King's College, que siguiendo el juego había tapado con cinta adhesiva su nombre en la lista de residentes que había al pie de su escalera para así mantener el misterio sobre su identidad, dijo con una voz dulce:

—Está abierto. Pasa.

Robert empujó la puerta con el dedo. Una mujer joven vestida de bruja lo miró desde su mesa y sonrió.

—¿Pues quiénes sois me pregunto yo, buen señor?

Unos divertidos ojos azules brillaron al mirarle a través de un antifaz negro. Para ser una bruja, parecía una punk en Halloween. Llevaba los labios pintados de negro, medias negras con agujeros, botas militares, un vestido negro que parecía salido de una tienda de segunda mano y varios collares de cuentas negras. Había una escoba apoyada en la mesa. Su pelo negro estaba atado a un lado como una especie de coleta trenzada.

Robert aplaudió educadamente y, con un movimiento seco, le ofreció la rosa. Ella hizo una reverencia burlona.

—Gracias, buen brujo.

A sus espaldas, la pared estaba decorada con pósteres de los Clash y un cuadro de Gustav Klimt. En el centro de su mesa descansaba una máquina de escribir, en un pequeño claro en medio de un batiburrillo de útiles de estudiante universitario. En el radiocasete sonaba un piano clásico.

—¿De verdad no habla? Muy bien, entonces siéntese, por favor —dijo señalando un sofá desvencijado—. ¿Le apetecería a mi visitante café o té? —e hizo un gesto hacia un pequeño hervidor de agua situado en una mesa baja junto al escritorio—, ¿o un cóctel? Podría darle una pajita para que pudiese beberlo.

Él negó con la cabeza y levantó la mano para declinar su oferta educadamente. Había algo intrigante en su acento, algo en medio de su educada pronunciación londinense. ¿Un indicio del sudoeste de Inglaterra? ¿O incluso estadounidense, quizá?

La bruja se fue a la zona del dormitorio, que estaba en una alcoba a la izquierda. Junto a la cama había un biombo para cambiarse. Robert consideró que aquello tenía mucha clase. De detrás del biombo sacó un sombrero negro de punta y, de vuelta en la sala,

se lo probó frente al espejo que estaba colocado sobre una chimenea que llevaba tiempo sin ser utilizada.

—Esta noche me siento muy bruja.

Él no respondió. Lo tenía prohibido. Asintió, y esperó haberlo hecho de forma cortés. Tenía las estanterías atestadas de libros de texto de historia, matemáticas avanzadas y filosofía. Mitad de la otra pared estaba cubierta con carteles de obras de estudiantes. Tenía mariposas en el estómago. Era muy hermosa. Pero, ¿le gustaría si supiese quién era realmente?

Lo de esta noche era un juego inventado por un tal Adam Hale-Deveraux. Una especie de recargada cita a ciegas para seis personas que se consumaría en una fiesta de disfraces más tarde esa misma noche en la Escuela de Pitágoras, un edificio del siglo XII que había en los jardines del St. John's College. Adam era un diletante de último curso. Hijo de diplomático, pequeño aristócrata y gran bebedor, iba de camino a conseguir una matrícula de honor sin apenas esforzarse en las lenguas que hablaba con fluidez desde que era un niño.

Robert lo había conocido en las noches de jerez de los lingüistas al final de su primer trimestre y había sido francamente grosero con él, etiquetándolo de inmediato de niño privilegiado e irresponsable.

—Así que realmente no tuviste que estudiar tus idiomas, simplemente los fuiste aprendiendo a medida que tu padre recorría del mundo —le había dicho a Adam—. Tienes suerte.

—Tengo muchísima suerte.

Los padres de Robert trabajaban para una pareja de la nobleza en una casa solariega en Anglia Oriental. Su padre era un diestro jardinero y carpintero, su madre cocinera y ama de llaves, y vivían en una casita de campo en las mismas tierras. Era hijo único y el primero de su familia en ir a la universidad.

—Mi padre nos llevaba de un lado a otro así que a menudo soñaba con ser de un lugar —continuó Adam—. Pero no me quejo, éramos unos privilegiados.

—No creo que se te debiera permitir leer algo que te parece tan fácil. No parece justo.

—Pero no se trata de la habilidad de hablar un idioma, ¿no? ¿No tiene más que ver con lo que dices en él? ¿Has probado con el francés medieval? *Le Roman de la Rose* no es moco de pavo. *La Chanson de Roland* es infumable. Gratificante, pero...

Lo había dicho con una sonrisa arrebatadora antes de cambiar de tema y ponerse a hablar de críquet.

—Sin embargo sé lo que quieres decir. No me ofende. ¿Cómo puntúas a los australianos este verano?

Y, en ese territorio común habían disfrutado de una conversación civilizada sobre los méritos de Brearley y Botham y el futuro del trofeo de las Cenizas.

Luego, a comienzos de marzo, Robert recibió en su casillero de la conserjería del Trinity Hall una invitación escrita a mano en un tarjetón en la que se le pedía que participase en una «cita a ciegas o actividades preliminares conducentes a la fundación de una nueva sociedad dedicada a la explotación del conocimiento no convencional». Estaba firmada por Adam con la frase: «Sería un honor que nos acompañase».

Robert, que todavía deseaba mantener los pies en el suelo y no escapar a climas superiores de pretensiones universitarias, había aceptado lo que calificó de terreno antropológico: estudiaría a estas extrañas criaturas en su hábitat natural y, sin duda aprendería algo, aunque no estuviese de acuerdo con ellos. Un factor adicional de decisión era que sería una forma de conocer mujeres.

Según las reglas del juego, se suponía que los participantes no debían conocerse. Tres caballeros tenían que salir a la fría y brumosa noche totalmente disfrazados, con un sobre sellado en el que estaban escritos la universidad y el número de habitación de la dama desconocida a la que habían de visitar a las ocho y media. Esto lo había hecho. Las damas también habían recibido instrucciones del maestro del juego.

—El sobre de Adam dice que esta noche no puedes hablar hasta las diez —dijo Katherine ante el espejo—. Si lo haces tendré que decirte que te vayas.

Él asintió.

Se colocó el sombrero de punta de forma coqueta, se dio la vuelta para recibir la aprobación de Robert y luego se sirvió una copa de vino tinto.

—Es un poco difícil. A Adam le gustan las cosas difíciles, ¿verdad? —Robert se encogió de hombros, inclinando la cabeza para indicar que no lo sabía—. Su nota decía que esperase a alguien sorprendente. A alguien a quien no me esperaba. Pensaba que podría ser él disfra-

zado. Eso sería típico de él —dijo sonriendo—. Tú no eres Adam, ¿verdad?

Robert se quedó inmóvil. Ella lo miró fijamente. Adam y él tenían una altura y constitución similares, aunque Adam era tres años mayor que Robert. Con el disfraz de mago podría ser tranquilamente cualquiera de los dos. Parecía claro que le gustaba Adam.

Ella rió con nerviosismo al imaginárselo.

—No lo eres, ¿verdad?

Robert tuvo un pensamiento de lo más extraño: ambos querían que fuese verdad. Robert se vio eclipsado por ese hombre mayor que él. Quería adquirir el magnetismo de Adam, su soltura aristocrática y su amplitud de conocimientos. Y sintió que Katherine reaccionaría si pudiese invocar alguna de esas cualidades. Robert tenía miedo de que perdiese el interés si se dejaba ver.

Después de un momento sacudió la cabeza ligeramente.

Katherine enmascaró su decepción levantándose y caminando hacia la ventana.

—¿Sabes? No me importan los exámenes finales. Pero no soporto la idea de irme de aquí dentro de tres meses... ¿Y tú?

Robert se pasó un dedo por la máscara representando una lágrima. Después de un rato colocó con delicadeza una mano sobre el corazón. Ella le sonrió.

Al organizar la velada, Adam había elegido a las parejas y a las personas basándose en lo que sabía de cada uno de los participantes. Katherine y Robert, por razones que no estaban totalmente claras para este último, eran la bruja y el mago; los otros eran la dama y el caballero, y la prostituta y el sacerdote. Antes de reunirse en el baile, cada uno tenía que resolver una adivinanza que estaba en sus sobres y que los llevaría a un determinado lugar.

Una vez allí las instrucciones decían: «... encontrarás un segundo puzle que has de resolver. Habrás de encontrar ciertas palabras mágicas, anotarlas y traerlas de vuelta contigo. Entonces tienes que cumplir un deseo secreto. Para ganar el premio has de volver con las respuestas correctas para resolver una tercera adivinanza. Se distinguirá con honores especiales a las aventuras más imaginativas o escandalosas *en route*. El flirteo es bienvenido. No lo son los coqueteos que no sean bien recibidos. Las verdaderas identidades se revelarán a las diez en punto de la noche».

—Vayamos a las pistas —dijo Katherine.

Robert abrió su sobre y sacó dos tarjetas. En una estaba escrito: «Pista: Soy un eco de la Ciudad Santa». En la parte de atrás añadía: «Sugerencia: Ella tiene un deseo secreto relacionado con este lugar. Una vez allí, haz lo primero que te diga que tienes que hacer. Recuerda que no debes hablar».

La segunda tarjeta mostraba una serie de puntos y líneas y decía: «Guarda esto para más tarde». Robert le enseñó la tarjeta con los puntos y la pista. Katherine cogió de su escritorio un abrecartas y abrió el sobre. «Pista: Visto desde el cielo soy un ojo...». Se quedó pensando y le dio la vuelta a la tarjeta.

—*Mmm...* —No estaba de acuerdo con lo que decía por detrás. Su sobre contenía una segunda nota sellada con cera roja que guardó en el vestido. Decía: «Abrir solo en el lugar que buscas». Dirigió la vista hacia un bloc de notas y se lo dio—. ¿Significa algo para ti?

Él negó con la cabeza.

—¿Cuál es la Ciudad Santa? Jerusalén, Al-Quds. Cristiana, musulmana y judía. Tiene que haber otras, pero... —Katherine cogió en una estantería una guía ilustrada de Cambridge y hojeó las páginas una tras otra—. Un ojo. Visto desde el cielo. Un eco de la Ciudad Santa...

Robert le hizo una señal para que le pasase el bloc de notas y escribió: «Los iris y las pupilas son redondos. ¿Qué te parece la iglesia redonda?». La iglesia redonda de Cambridge, construida en la época de los normandos, estaba a menos de diez minutos a pie.

La buscó en la guía e hizo una mueca de agrado.

—Por supuesto —dijo—. ¡Eres listo! Dice que la iglesia redonda es una copia de la iglesia del Santo Sepulcro de Jerusalén. Todas las iglesias redondas del mundo lo son. Era algo de los templarios.

Agarró la escoba y dijo:

—¡Vámonos!

Nueva York, 25 de agosto de 2004

Las calles guardaban el calor de finales del verano atrapado entre el metal y los cristales. Había humedad. Se avecinaba una tormenta.

Robert se detuvo sin pensar ante un escaparate de la Quinta Avenida. Era una de esas tiendas que vendía recuerdos horteras de Nueva York: los edificios del World Trade Center en una bola de nieve, diversos Empire State de plástico con King Kong colgado de la punta, mecheros de la estatua de la Libertad. Inexplicablemente, esas cosas le fascinaban. No paraba de comprarlas. Pequeños edificios Chrysler. Flatirons enanos. Katherine decía que era una enfermedad.

Entró en la tienda sintiéndose un poco culpable.

Katherine sentía debilidad por la pornografía culinaria: revistas de cocina con colores brillantes, el Canal Cocina de la televisión por cable, una obsesión insana por Mario Batali. Pero él había desarrollado su propia debilidad: los paseos turísticos, libros de adorno con grandes ilustraciones sobre arquitectura de la ciudad y modelos cutres de edificios importantes.

Un pisapapeles plateado barato llamó su atención. Congregaba alrededor de veinte lugares importantes en una base oval: las Naciones Unidas, el edificio Chrysler, el Empire State, el puente de Brooklyn, la estatua de la Libertad, etc. Decidió comprarlo cuando vio que tenía un centro Rockefeller y un arco del parque de Washington que quizá podría sacar. Estos no se encontraban por separado.

Hizo la compra. Estaba sudando y ligeramente mareado. Deshidratado, quizá. Mientras se dirigía hacia Times Square y hacia el oeste, por la calle Cuarenta y dos hacia la estación de autobuses de Port Authority, pensaba en Katherine y en el abismo que se había abierto entre ellos. Habían pasado ocho meses desde el aborto. No sabía cómo arreglarlo.

Cuando Robert llegó a casa, Katherine parecía cansada. Su compra le pareció divertida hasta cierto punto, hasta que sacó el cincel.

—Ahora vas a cargártelo. Vaya.

—Es difícil encontrar una miniatura o algo relacionado con el centro Rockefeller.

No tenía compasión.

—Alimenta tu hábito si tienes que hacerlo.

—¿Qué tal tu día, Kat?

Sonrió secamente.

—Me siento como si tuviese ochenta años.

En su estudio había un mapa de Manhattan sobre la mesa. Había puesto sus pequeños recuerdos de edificios sobre él como si estuviese construyendo un modelo a escala de la isla en tres dimensiones. El centro Rockefeller encajaría a la perfección.

Katherine lo observaba con tristeza desde el umbral de la puerta.

—Robert, de esto no saldrá nada bueno. De verdad.

—Espera... un... minuto.

Ella se acercó más para ver lo que estaba haciendo. El pisapapeles estaba roto y una parte de las Naciones Unidas y del puente de Brooklyn salieron volando. A Katherine casi se le mete en el ojo el brazo con la antorcha de la estatua de la Libertad. El edificio Rockefeller salió más o menos intacto.

—¡Para!

—Vale, vale.

Katherine lo miró con desesperación.

—Entonces, ¿cuándo vas a abrir el paquete misterioso? —le preguntó.

Había recibido un paquete en el correo de la mañana dirigido simplemente a Rickles. Tenía sello de Nueva York y no llevaba remitente. Ella lo había llamado para decírselo; sabía quién lo había enviado y estaba preocupada por si era algo importante.

Solo había una persona que lo llamara Rickles.

Lo primero que se le pasó por la cabeza a Robert fue decirle a Katherine que lo metiese en un cubo de agua en la parte de atrás de la casa. Los regalitos y los juegos de Adam Hale eran así. En lugar de eso ella lo había dejado en el escritorio de su despacho, junto con la basura intratable que guardaba en su archivo de «demasiado difícil».

—Puede que lo envíe otra persona —sugirió.

Pero no. El paquete era un cubo de unos diez por diez centímetros.

Señaló hacia la puerta.

—¿Podrías salir de la habitación un momento? Uno de nosotros tendrá que seguir vivo para demandarlo si explota.

Ella sonrió distraída y se marchó.

Roberto cogió el paquete del escritorio con una mano y empezó a cortar el envoltorio marrón con un cúter. La mano derecha le temblaba sin querer. Robert respiró hondo para calmarse. Los juegos

de Adam podían llegar a ser egocéntricos e irritantes, incluso redomadamente molestos. Pero esta vez sentía que era diferente, como si hasta ahora todo hubiesen sido pruebas de vestuario para la obra que estaba a punto de empezar.

Terminó de cortar con mucho cuidado el papel y lo abrió: era una caja de cartón grueso, con una cinta que la cerraba por arriba. Perforó la cinta de embalaje y dejó que la cuchilla se deslizase por la grieta que había entre las dos tapas.

Abrió la caja.

Dentro había un sobre y un objeto misterioso envuelto en papel de burbujas y en papel de seda. Acercó lentamente el cúter al papel de burbujas. La mano le seguía temblando.

Se detuvo y respiró hondo. Luego lo sacó.

Era una caja metálica redonda, de color dorado platino, de unos siete centímetros y medio de diámetro. Le recordaba a un pastillero o a un cilindro pequeño. El borde superior estaba marcado con círculos concéntricos. Parecía extraordinariamente ligera.

El sobre contenía una nota escrita a mano con una cuidada letra en mayúsculas, y solo decía: «Ayúdame por favor». Por la parte de atrás, escrito con más prisa, habían añadido: «No queda tiempo». No había firma pero Robert reconoció la letra de Adam. Cerró los ojos.

«Un día serás llamado.» Aún ahora podía oír las palabras de Adam, dos décadas después. La boca se le llenó de un sabor acre. Metió la nota en un cajón. El pastillero tenía motivos geométricos en sus laterales. No había una manera evidente de abrirlo. Le dio mil vueltas, presio-

Continúa en *La caja del mal*